

tan grande paz en tránsito tan apretado; por que á 18 de Agosto y á 14 de Octubre daba de comer á los pobres, y les servia en la mesa: y así que encomendaría semejante devoción á su muger Doña Cecilia, y que ese legado le dejaba en medio de la impensada pobreza que entró por las puertas de su casa (1).—Procuré despues que los dos hermanos concediesen algun alivio al cuerpo para que estuviese robusto á la mañana, y la cabeza mas atenta para todo: solo dispensaron consigo mismos por alguna hora y media, diciendo que no era tiempo de dormir sino de velar, y que al sueño profundo de la muerte no habia de preceder el sueño del cuerpo, sino la vigilancia del espíritu. Al fin quitada la hora y media, pasaron lo demás de la noche en oraciones, haciendo actos de contrición, confesando y reconfesando muchas veces; á la manera que una persona deseosa del mayor aseo, va limpiando mas y mas lo que está limpio. Amaneció el sábado dia último de su vida, y el primero á lo que creo de su dichosa eternidad: otra vez confesaron, comulgaron y oyeron mi misa. A las ocho de la mañana se les trajo una lova ó sotana de luto: al punto se desnudaron de sus vestidos, quedando en camisa con unos solos calzoncillos de lienzo: tomaron la sotana diciendo que ella habia de ser su mortaja, se la ciñeron con una soga de esparto, y los pies descalzos dieron principio á la procesion del llanto. Al carcelero se mostraron los dos muy agradecidos, ofreciéndole cada uno su prenda en pago del buen hospedage. De los demás encarcelados y sentenciados se despidieron con lágrimas muy tiernas, diciendo que así como eran hermanos en la pena, esperaban en Dios, serian hermanos en la gloria, Nunca se vió aquella sala mas bien regada con agua de ángeles, que en aquella ocasion. Lo cierto es que teniendo yo el corazón heclio á semejantes duelos, por haberme hallado muchísimas veces; en esta ocasion y en otra me faltó; y fué fuerza el retirarme, por sobrar los suspiros en lugar de palabras.—Llegaron al suplicio; reconcilié á D. Diego y á la fin me rogó le dejase despedir últimamente de su hermano. Reparé algo por temor no sobresaliese en este trance el afecto de carne y sangre; vencióme su modesta porfia, y así levantándose de mis pies, se fué á abrazar á su hermano, y olvidando el nombre de hermano mayor le besó humildemente la mano, y le dijo: «Al Cielo D. Miguel, al Cielo.» Quedó el hermano menor corrido viéndose besada la mano: echóse segunda vez al pecho de D. Diego, y arrebatando con fuerza la suya se la besó. Fué tan doloroso este espec-

(1) Tropezando con estas y semejantes prácticas de caridad cristiana en que antiguamente se empleaban varios nobles de Gerona, el ánimo se entristece considerando la época de frio egoísmo que hemos alcanzado en nuestro siglo «positivista.»